

# La batalla de Munda, César, y el primer viaje de Octaviano a Hispania, según el testimonio de Nicolás de Damasco

(Nota complementaria a un libro reciente)

Sabino PEREA YÉBENES

Universidad de Murcia  
sperea@um.es

La lectura voraz de un libro recién publicado (Melchor Gil *et alii*, 2005), que recomiendo vivamente, sobre César y la batalla de Munda, me ha hecho recuperar algunos papeles de notas dispersos acerca de algunas cuestiones relativas precisamente a la batalla de Munda, y que no han sido tratadas por ningún autor de este libro colectivo.

En esencia se trata de revisar las noticias que nos proporcionan los historiadores antiguos sobre la importancia que tuvo Munda como punto de inflexión y de traspaso de poder entre César y Octaviano. Esto nos lleva a dos sub-temas: el primero, de tipo político, es aclarar si, tal como dicen algunas fuentes, Octaviano estuvo luchando en Munda al lado de César; y el segundo, de tipo religioso, igualmente transmitido por las fuentes, es el famoso episodio de la “palmera prodigiosa” de Munda. Ambos temas (la invención de la presencia de Octaviano en el escenario de la Guerra Hispana, y la invención del prodigio de la palmera), contados *a posteriori* tenían una finalidad común: legitimar la transmisión de poder al joven hijo/sobrino adoptado por César, es decir, Octaviano. Voy, pues, a hablar de estos asuntos.

Cada vez son más los estudios serios que desde la perspectiva de la historia de las religiones, o de las ideologías o de las mentalidades antiguas, se acercan para comprenderlos y explicarlos, al mundo de los milagros y prodigios que nos han transmitido las fuentes literarias antiguas. Los albores del siglo XXI muestran un revitalizado interés por estos temas o testimonios de lo irracional, o de “lo maravilloso”, como califica recientemente Requena en dos valiosos estudios (2001 y 2003) a propósito de los *prodigia* que, según la *Historia Augusta*, anunciaron a algunos hombres su llegada al poder máximo de Roma como emperadores. Un caso similar de prodigio premonitorio es el que voy a analizar aquí brevemente, relativo a Julio César, que por derivación concierne también al joven Octavio: un suceso maravilloso que al parecer aconteció en Munda cuando los soldados de César desbrozaban un bosque para hacer un campamento. Era el mes de marzo del año 45 a.C.

En la biografía de Augusto, escrita por el caballero C. Suetonio Tranquilo, leemos en el capítulo 94, 11:

El divino Julio, cerca de Munda, dio orden de talar un bosque que había en el lugar escogido por él para levantar un campamento, pero habiendo hallado en él una palmera dispuso que la conservaran como símbolo de la victoria. En breve brotó de ella un retoño que en pocos días creció con tanta lozanía que no sólo igualó a la palmera madre sino que incluso la cubrió por completo, y la frecuentaban muchos palomos que en ella hacían sus nidos, a pesar de que este género de aves evita cuidadosamente el follaje duro y espeso. Este prodigio fue uno de los factores que más influyó en el ánimo de César en su decisión de no querer como heredero a nadie que no fuera el nieto de su hermana.

Veamos los que nos cuenta al respecto, aproximadamente un siglo más tarde (pues escribe en época de los últimos Severos) el historiador Casio Dión:

Aunque César hubiera preferido morir en Hispania en la gloria de la guerra, enfrentándose a sus enemigos, sin embargo lo hizo en su patria, en el Senado, a manos de sus amigos más queridos, como así sucedió de hecho poco después. Esta guerra [la de César contra los pompeyanos en Munda] fue la última que (César) llevó a feliz término; fue su última victoria. Ciertamente no era una gran empresa de la que no cupiese esperar nuevos acontecimientos: éstos fueron indicados por varias señales, y en modo especial por el vástago que creció al lado de una palmera que se encontraba en el campo de batalla, poco después de la victoria (καὶ οὐχ ἠκιστα ὅτι βλαστός τις ἐκ φοίνικος ἐν τῷ τῆς μάχης χωρίῳ ὄντος εὐθὺς ἐπὶ τῇ νίκῃ ἐξέφυ). No hace falta decir que el prodigio tenía un significado, que sí que lo tenía, pero no para él, sino para un descendiente de su hermana, Octavio, el cual estaba en el campamento junto a César y estaba destinado a obtener los beneficios de las fatigas y de los peligros de César. El dictador, sin embargo, ignoraba todo esto; y esperando hacer nuevas y grandes conquistas, no daba muestra alguna de modestia, y se comportaba como si fuera inmortal.

(*Historiae Romanae* XLIII, 41. Traducción mía)

Estos textos “históricos” están contaminados por elementos irracionales, más el de Suetonio que el de Casio Dión. Que la batalla de Munda fue el último episodio bélico de César es cierto; como cierto es que la eliminación del escenario bélico de los hijos del gran Pompeyo dejaba *definitivamente* libre el campo a César, no tanto en el protagonismo y dirección de la política de Roma, que ya lo ejercía como *dictator*, sino también de cara a su sucesión.

Suetonio y Dión enlazan directamente la victoria en Munda con el hecho sucesorio, y le dan, en la medida que pueden, como se ve claramente en sus discursos, un anclaje prodigioso. El prodigio es usado una vez más aquí como puente hacia la divinidad, porque el prodigio es un lenguaje divino. Pero estas señales de los dioses, curiosamente, no son interpretadas por los pontífices, u otros sacerdotes, sino que, transcurrido el tiempo —este matiz es importante— es traído por los historiadores, sin indagar o preguntarse por la verdad, ni siquiera sobre la veracidad del asunto. El discurso fáctico, descriptivo, de los hechos “históricos” comúnmente admitidos o conocidos sucumbe al encanto de una leyenda verdaderamente increíble: la de la palmera que una vez cortada se regeneraba con mayor vigor, superando el retoño en altura al tronco-madre talado.

A toro pasado, como suele decirse, es fácil ver en este cuento una metáfora admonitoria del poder de Octavio, protegido de César, y su sucesor. Pero ¿y si Octavio y sus naves hubieran sucumbido en *Actium* luchando con el ejército de Marco Antonio? ¿Se hubiera conservado en las biografías de César esta misma leyenda premonitoria? ¿O qué sentido se le hubiera dado desde la lectura política que Suetonio y Casio Dión ensayan? El mensaje secreto del prodigio habría carecido de sentido, y la anécdota seguramente se hubiera perdido. Casio Dión, como tantos historiadores de la Roma antigua, comenzando por el mismo Tito Livio, acudía al recurso fácil de escribir una historia de hechos pretéritos y poco comprometedores para los gobernantes de su tiempo, haciendo discursos eruditos o descriptivos sobre Historia o “historias” de Roma que son una suma de hechos que la componían, con nulo o escaso espíritu crítico, mostrándose en cambio sumamente hábiles en la recogida de las noticias más curiosas y raras.

A Suetonio y a Casio Dión no les interesa la veracidad del prodigio —ni su explicación racional— sino su valor simbólico. Pero, ¿es posible averiguar cómo se fragua una leyenda en un contexto histórico, real?

Desde luego, el hecho de que Suetonio y Casio Dión cuenten el prodigio de la palmera no quiere decir que éste sucediera. En ninguna cabeza cabe que tal suceso sea real, y habrá que admitir, a la fuerza, que estos “historiadores” mienten o, quizás lo más probable, que aceptan una leyenda tergiversada en su origen y que el prodigio no consistía en el crecimiento inverosímil de una palmera talada sino de otra cosa.

De esa “otra cosa” nos habla, ni más ni menos, que Plinio el Viejo, el cual, en su *Historia Natural*, nos aporta claves interpretativas interesantes a propósito del episodio de César en Munda. Plinio, basándose en opiniones de Teofrasto (*Lapidario*, 37) y de Muciano, confirma su conocimiento de la existencia de fósiles animales, y también vegetales, pues asegura que “hay piedras que paren otras piedras” (*esse aliquos lapides, qui pariant*), poniendo como ejemplo paradigmático, precisamente, que

“en los alrededores de Munda, en Hispania, donde César nombrado dictador venció a Pompeyo, se encuentran piedras en forma de ramas de palmera, que conservan esa forma por muchas veces que las rompas. (*Palmati circa Mundam in Hispania, ubi Caesar dictator Pompeium vicit, reperiuntur idque quotiens fregeris*). (Plin. *N.H.* XXXVI, 134).

Desde luego esta “racionalización” del prodigio es mucho más sensata que la que nos aportan nuestros “historiadores” Suetonio y Dión, y, sobre todo, más creíble. Pero, además, el lapidario pliniano nos aporta otra nota científica o experimental sobre algunas piedras que pueden estar relacionadas con la leyenda de la palmera de César en Munda. Un poco más adelante, el naturalista indica lo siguiente:

“Las que llamamos ‘piedras vivas’ son muy pesadas y resultan imprescindibles para los exploradores que eligen el emplazamiento de los campamentos”(quos vivos appellamus, ponderosissimi sunt, hi exploratoribus castrorum maxime necessari). (Plin. *N.H.* XXXVI, 138).

Estas “piedras vivas” mencionadas por Plinio son posiblemente roca de sílice, o piritas. Sería fácil caer en la tentación de pensar en algún uso talismánico o supersticioso de estas piedras, usadas desde tiempos prehistóricos para prender fuego (y por eso mismo llamadas también “piedras del rayo”, y, consecuentemente, asociadas a Zeus *Keraunios*), aunque posiblemente su utilización en la búsqueda y trazado de los campamentos fuera mucho más práctica y vulgar, siendo usada como piedra *muy pesada* que se suspende en las crucetas de los gromáticos, tensando las cuerdas del aparato topográfico usado para trazar las líneas rectas que delimitan el perímetro del nuevo campamento.

Yo propongo esta opción “práctica” como posible núcleo que dio origen a la leyenda del vástago de palmera. De aceptarse, la “fabula botánico militar” (Canfora, 2000, 273) pasaría a ser una fábula paleontobotánica (geológica) relacionada, casualmente, con un episodio militar.

El prodigio del vástago de palmera, perfectamente comprensible para un naturalista como Plinio, fue contado (“literaturizado”) por otros en un sentido bien distinto. Para que el evento, verdaderamente anecdótico y sin importancia, fuese tenido como prodigio bastaba con cambiar los fósiles con forma vegetal o de palmera por una palmera vegetal viva. El *de boca a oreja* hace lo demás. Pero eso no es lo malo. Lo malo es que el cuento pasa a ser tenido como verídico, y su incorporación a los escritos de los historiadores antiguos le da tinte de verismo, aunque nunca —¡por favor!— de realidad. En este sentido, la única realidad es que de este cuento, como de otros muchos, se aprovechó la propaganda imperial para teñir de divino el destino de Octaviano (el futuro emperador Augusto), ya en un momento tan temprano como el año 45 a.C., en Munda, donde Octavio no estuvo junto a César, a pesar de la afirmación de Casio Dión, quien, mintiendo, o simplemente no poniendo atención en el asunto, nos dice que “Octavio estaba en el campamento junto a César” (Ὀκταουίω· συνεστρατεύετό τε γὰρ αὐτῷ), añadiendo —¡naturalmente!— que el joven “estaba destinado a obtener los beneficios de las fatigas y de los peligros de César”, o lo que es lo mismo: a sucederle, una vez eliminados los enemigos políticos. Pero claro, el primero que nos cuenta el episodio de la palmera prodigiosa de Munda es Suetonio, en sus *Vitae Duodecim Caesarum*, una ensalada de retazos biográficos, de anécdotas, de cuentos, y de acontecimientos históricos.

Suetonio dice, efectivamente, que “la palmera” fue encontrada por César, o por sus soldados obreros, al talar un bosque en el lugar elegido para levantar el campamento (*apud Mundam Divus Iulius castris locum capiens cum silvam caederet*). Cabe pensar, pues, que al golpear la roca los soldados se encontraran con vegetales fósiles con forma de palmera o bien dieran con un veta de piedra andalusita; y que al romper la piedra, y seguir cavando en el suelo, afloraran más minerales de este género, con forma de palmera.

La importancia de la presencia de palomas —símbolo de Venus, y por extensión de César y los Julios— en el relato suetoniano creo yo que ha sido enfatizada en exceso (Bertrand-Ecanvil, 1994, 500-501; Vigourt 2001, 217 y 295-296; cf. Montero, 2002). Sería éste un detalle literario e iconográfico que adornaba este episodio creado por el aparato propagandístico augusteo, o quizás creado por el entorno lite-

rario próximo a Octavio antes de *Actium* (Montero, 2002, 153). Las palomas, el laurel, y otros símbolos de poder empleados en la redacción o redacciones de este prodigio de Munda han de considerarse apenas, no más, que los hilos una tela intangible para las manos: la madeja ideológica que Augusto supo urdir para legitimar su poder *ab origine*, desde sus primeros pasos en el escenario político.

Esta cizaña irracional la encontramos en la mayoría de los historiadores romanos de época imperial, y desde luego Casio Dión no escapa a ella. Tácito y Herodiano son honrosa excepción. Tácito no pudo permanecer fiel al espíritu republicano, pero tampoco se adhirió incondicionalmente a la monarquía augustea hacia la que demostraba de hecho una flagrante desconfianza. Por su parte, el biógrafo y escritor moralista Plutarco, en su relato de la batalla de Munda (*Caes.* 56) no hace la menor alusión a prodigio alguno —como tampoco encontramos comentarios al prodigio de la palmera en Munda en la obra de muchos historiadores modernos, por meticulosa que sea su biografía de César o de Octavio—; y eso que en los escritos plutarqueos encontramos bastantes, aunque no excesivos, relatos de sucesos increíbles o prodigiosos, religiosos, que rigen el destino de los personajes importantes. Tales *omina* aparecen profusamente en una obra posterior, la *Historia Augusta*, donde los prodigios asociados a la vida de los emperadores son tantos que cabe preguntarse si estamos realmente ante biografías históricas o ante elencos de *prodigia* tomados de los *annales*, de los *libri fatales*, y encajados en las biografías imperiales por obra y gracia de los literatos que las escribieron.

Como acertadamente indica Luciano Canfora en su excelente biografía de Julio César, el episodio de Munda debe inscribirse en los oscuros *initia* Octavio, el futuro *princeps*, y que los historiadores antiguos hinchan los prolegómenos de tal principado en un puzzle de realidad y ficción. Dión sigue la tradición de Tito Livio de narrar una Historia de Roma tan intervenida por los dioses que bien podría hablarse de una “Historia sagrada de Roma”, al albur de los dioses en su formación y por tanto fideística en su explicación y comprensión.

La otra fuente histórica que asegura que Octavio luchó “junto a César” en Munda es Veleyo Patérculo (II, 59,3), que escribe en tiempos de Tiberio sus dos libros de historia romana, que por la gran cantidad de inexactitudes que contiene no merece mayor atención que recordarla. Asegura Veleyo que al joven Octaviano lo quiso César como a un hijo propio, y a la edad de 18 años “lo tomó en su séquito en la guerra de Hispania y lo tuvo de allí en adelante como compañero” (*Hispaniensi militiae adsecutum se postea comitem habuit*). En contra de esta opinión puede aducirse el escrito cesariano o pseudo cesariano del *Bellum Hispaniense*, que ignora totalmente la figura de Octavio en el escenario mundense, porque, sencillamente en ese momento no estaba en Hispania, sino en Roma, convaleciente de una de sus numerosas recaídas de salud, que preocupaban mucho a César. Y fue la enfermedad lo que impidió que Octavio llegase al escenario de Munda. Así nos lo cuenta en detalle Nicolás de Damasco, rigurosamente contemporáneo de Augusto, y próximo a la fecha de los acontecimientos (Nich. Damasc. X, §§21-22) (ver al final el apéndice documental).

Por tanto, las “gestas” militares de Octavio en Munda no existen, pues llegó a Hispania varios meses después de haber acabado la guerra en Munda, en marzo del

45, tras haber pasado César en Hispania unos siete meses de campaña, reclamado por sus soldados en el otoño del 46 por la alarmente rebelión que estaban protagonizando en esta provincia los hijos de Pompeyo Magno. En realidad no se trataba tanto de una rebelión como de una verdadera declaración de guerra contra los cesarianos, pues los pompeyanos fueron apoyados por una amplísima clientela hispana, que guardaba grato recuerdo y recordaba beneficios otorgados por el padre, Pompeyo Magno, y que fueron capaces de reunir 13 legiones y numerosas tropas auxiliares (Amela Valverde, 2002, 215 y 235; Meier, 1993, 461-462). Al lado de César lucharon las legiones III, V y X (ésta última su favorita), así como buen número de tropas auxiliares: un gran ejército que el genio militar de César llevó a la victoria (Sobre César como genio militar: Le Bohec, 2001; González Román, 2004. Sobre la batalla de Munda, con fuentes y bibliografía exhaustiva: Rodríguez González, 2005, 479-480).

Concluida la batalla de Munda, la guerra tuvo un epílogo: el asedio y caída de *Corduba* por parte de César (*Bell. Hisp.* 34), que puso punto y final a un conflicto que duraba cuatro años.

Lograda la pacificación total, la historiografía guarda silencio sobre los siguientes pasos de César en Hispania, que se pasan por alto (J.F. Rodríguez Neila, 2005, 352-355) o se despacha con una frase sumaria: “(Después de Munda) Todavía César se entretuvo en Hispania hasta finales de junio del 45” (F.J. Navarro Santana, 2005, 84).

Se entretuvo, en efecto, y fue, precisamente por la llegada (a destiempo) de Octaviano a Hispania, su primer viaje a esta provincia. Tomamos aquí el hilo de la preciosa narración de Nicolás de Damasco, el único que nos cuenta qué hicieron y dónde estuvieron César y Octaviano.

El joven, tras viajar por mar, puso pie a tierra en *Tarraco*, donde se sorprendió del escaso movimiento de tropas (pues pensaba que aún la guerra no había concluido), y fue en busca de César, encontrándolo “cerca de la ciudad de Calpe” (περὶ πόλιν Καλιπία), donde Julio César salió a recibirle abrazándolo como a un hijo, feliz por verlo recuperado de salud y alabando su valor por haber salido de viaje a su encuentro por las tierras de Iberia (*Nich. Damasc. Vita Aug.* XI § 23-24). Viajaron juntos por mar, junto a cinco esclavos, hasta *Carthago Nova*, dándole consejos sobre teoría política del buen gobierno y cuidando de su salud “espiritual”. En *Carthago Nova* y Sagunto César hizo de maestro del joven Octavio, “prácticas” de gobierno, y de “abogacía” al lado de ese gran maestro, pues allí presidieron tribunales de justicia, recibieron a los jefes de las tribus indígenas, que solicitaban su patrocinio, y conversaron con los magistrados (*Nich. Damasc.* XI § 24-25; XII § 26-27).

El retrato amable —en realidad un panegírico— que nos ofrece Nicolás de Damasco del joven príncipe se alinea en general con la política real llevada a cabo después por Augusto en Hispania (Conde Guerri, 2003, 147-156). Dejando aparte la clarísima intencionalidad apologética del relato del damasceno, nos interesa recalcar que en la biografía, al hablar de estos últimos días que César pasaría en Hispania, no encontramos ni un sólo efecto de tipo religioso, menos aún prodigioso, y que no hay una sola palabra sobre el incidente de Munda, que es sin duda una creación post-damascena.

Son por tanto otros historiadores antiguos, mejor conocidos —y también más distanciados de los acontecimientos—, los que nos llevan capciosamente a creer que la adopción de Octavio por parte de César fue preanunciada *simbólicamente* en Munda, aunque una vez más hemos de quitarles la razón, pues sabemos que el anuncio de Octavio como heredero político de César se hizo pública el 13 de septiembre de ese mismo año 45, coincidiendo con la celebración del *triumphus* de César en Roma (Livio, *per*, 133; Suet. *Caes.* 37, 1; Cass. Dio, XLIII, 42), donde, efectivamente, caber decir que debieron abundar las palmas triunfales, pero no como símbolo especial sino como elemento exhibitorio convencional de la victoria. Del mismo modo sabemos que más tarde, en agosto del año 29 a.C., Octavio celebraría su *victoria actiaca* (Livio, *per*, 133) con la ofrenda de una palma, como indica la inscripción de los *Fasti Triumphales Barberiniani*: IMP · CAESAR · DE DALMA[TI]S · EID · SEX · TRIVMPH · PALMAM · DEDIT · IMP · CAESAR · [EX · AEGY]PTO · XIIX · K · SEP · TRIVMPHAVIT (tomo el texto de R.A. Gurval, 1998, 31).

Por tanto, el supuesto prodigio no pudo ser presenciado por Octavio, ni tampoco por César, ya que el prodigio, a mi juicio, nunca existió. Me cuesta creer que César, un hombre que en sus *Comentarios a la Guerra Civil* y a la *Guerra de las Galias* no deja resquicio al elemento religioso o irracional, se creyese aquel asunto de la palmera acaecido en la construcción de uno de sus campamentos. César fue indudablemente más inteligente y menos cándido que sus biógrafos antiguos. Y después de Munda César llevó una verdadera revisión y represión de escritos y escritores que no le eran favorables, en todo o en parte. El satírico Cecina fue mandado al exilio por su obra *Quejas (Querelae)*, y Tanusio Gemino y T. Ampio Balbo aplazaron la publicación de sus obras para mejores tiempos. El mismo Cicerón pedía autorización expresa a César para publicar sus discursos jurídicos, y su servilismo llegó al punto de escribir un panfleto en favor del dictador (cf. Cic. *Ad Att.* XIII, 26, 2) que estuvo a punto de costarle la vida.

César alimentó la leyenda sobre sí mismo. Basta citar como por ejemplo el anuncio en el año 68 de su descendencia de Venus y de Marte, que se insertaba ideológicamente en una inteligente política religiosa que escenificaba “como algo natural” su relación con los dioses. Estar en ese plano superior permitía a César algunos excesos como la toma al asalto del pontificado máximo en el 63, o hacer una larga serie de *supplicationes* en el 57, 55 y 52 agradeciendo a la divinidad sus victorias sobre los galos.

Y todavía más: manipuló la fecha de la victoria en Munda para hacerla coincidir en Roma con el festival religioso de las Palilia, y tras su victoria capital en Farsalo, de vuelta en Roma, suma el augurado a su pontificado máximo. César no disimuló nunca sus “pretensiones divinas” a modo de un *basileus* helenístico. Osó poner en el templo de la Tríada Capitolina una dedicación (que en realidad “le ofrecía” el Senado) en que podía leerse “A César, el semidios”, ἡμιθεός, *semideus*. Cicerón se refiere a él como *deo simillimum*, “similar a un dios” (Carcopino, 1974, 614). Sinceramente creo que si César hubiera presenciado el prodigio (o algo similar) del vástago de palmera en Munda, lo habría utilizado en su favor, y no en favor de su joven ahijado del cual lo único que le preocupaba era su educación política

(diplomática y militar), y nada más. En el 45 César no pensaba en su sucesor, porque desconocía la premura de su propia muerte. No es César quien se beneficia de esta fábula del vástago de palmera, no es César quien la urde. La figura y el personaje de César es utilizada por Augusto —una vez más, como lo fue profusamente en la iconografía numismática— en defensa de su persona, de su vocación de poder, y que a nivel *escrito* muestra las *raíces divinas* que le unían, todavía en vida, a César.

La ficción del vástago de palmera es la tarjeta de presentación o aparición de Octavio en la política, al menos a nivel erudito, de los que leían historia o historias. Entre ese momento (el año 45) y la edición pública de las *Res Gestae* del propio Augusto, que es el culmen de la propaganda del universo ideológico augusteo, fueron años en los que el príncipe dejó que otros le hicieran el trabajo de elogiar su persona, y por ende a su “régimen”. Antes el propio Augusto había escrito unas *Memoorias*, hoy perdidas, que no salieron del ámbito literario privado, pero que eran de una humildad impropia de un hombre que había acumulado tanto poder. Como afirma Luciano Canfora, “Octavio, convertido en Augusto prefirió siempre que fueran otros los que ‘se proparasen’ al enfatizar las etapas temporales y los hitos importantes. Es un procedimiento que ha creado escuela” (Canfora, 2000, 270). Y, en efecto, esa labor disimulada (¡o no tanto!) de enfatización del modelo político vigente, triunfante, fue llevada a cabo desde el principio por los intelectuales adictos (y adeptos) al nuevo príncipe, por ejemplo por Nicolás de Damasco en su *Vita Augusti*. Por otra parte, sabemos que Livio escribe tras la muerte de Augusto al menos a partir de su libro 121, pero a través de las *periochae* conservadas de los libros 116 y 117 se vislumbra la mucha atención que Livio dedicó a narrar la juventud de Octavio. La falta de información sobre muchos detalles biográficos de César y de Octavio Augusto dejaba un “espacio libre para la fantasía de los historiadores serviles” (Canfora, 2000, 276), un espacio de silencios demasiado grandes, que las generaciones posteriores se encargaron de ir glosando o completando con más o menos barroquismo literario. Posiblemente la leyenda del vástago de palmera de Munda se deba al mismo Livio, y que de éste la tomara Suetonio, y de ambos Casio Dión, utilizando sólo parcialmente la biografía, bastante extensa, de los primeros pasos de Augusto escrita por Nicolás de Damasco, quien, como el propio Augusto en sus *Res Gestae*, se centró en los acontecimientos políticos, descuidando los detalles de tipo religioso, y no hay la más mínima noticia que relaciones ejército y religión, tan frecuentes en las obras de Livio y de Casio Dión.

Así pues, el episodio del campamento de Munda y la palmera prodigiosa hay que considerarlo una ficción literaria “liviana” que el propio Augusto no se ocupó en desmentir, pues, como complemento a la biografía “oficial” representada en la obra de Nicolás de Damasco (de corte político), y al espíritu del testamento político del propio Augusto (las *Res Gestae*) la leyenda de la palmera de Munda le servía para consolidar el “aval divino” de su poder, y especialmente de su poder “militar”. En este episodio la manipulación religiosa venía a suplir mediante la manipulación religiosa las carencias “militares” de un joven enfermizo, Octavio, poco apto para la guerra pero, a lo que se ve, alumno aventajado en la lid política. Desde luego, ¡buen

maestro tuvo! Y como se ha indicado, Octavio Augusto, una vez en el trono de Roma, nunca se preocupó desmentir medias verdades o medias mentiras, siempre que le beneficiasen.

## APÉNDICE:

### *Post Mundam:*

### **Los últimos días de César en Hispania y el primer viaje de Octaviano a Hispania, según la *Vida de Augusto* escrita por Nicolás de Damasco, X-XII §§ 21-27.**

Tomado de S. Perea Yébenes, 2006.

El texto griego establecido corresponde a la edición de  
U.P. Boissevain / T. Büttner-Wobst / A.G. Roos.

## Capítulo X

§21. Superada la crisis de la enfermedad, Octavio se iba recuperando. Estando todavía convaleciente César tuvo que hacer frente a otra guerra, a la que había pensado en un primer momento hacerse acompañar por el muchacho, pero desestimó esa posibilidad al ver que éste no había superado totalmente la enfermedad. Dejó muchas personas para que le cuidaran y vigilasen puntualmente su evolución, con la orden de que, una vez restablecido, fuese a buscarle allí donde estuviese el escenario de la guerra. Así pues, César marchó a combatir. Contra todo pronóstico el hijo de Pompeyo Magno había reunido un ejército numeroso en poco tiempo. Su propósito era vengar el honor del padre y derrotar (a César) en una nueva guerra que había reabierto.

§22. Octavio, pues, se quedó en Roma, donde se ocupó en primer lugar de su recuperar la fuerza corporal, y con gran sacrificio y autocontrol recobró rápidamente la salud. Entonces se dispuso a partir y sumarse al ejército siguiendo las órdenes de su tío (así era cómo le llamaba). Muchas personas que estaban preparadas en este momento para acompañarle en el viaje fueron rechazadas —también su propia madre— y escogió al más rápido y vigoroso de los esclavos de la casa, y partió veloz, haciendo una gran distancia en un tiempo muy corto, acercándose a las posiciones de César, pero éste, luchando durante siete meses, ya había concluido la guerra.

## Capítulo XI

§23. Ya en Tarragona, a la gente le parecía increíble que Octavio estuviese decidido a reunirse con César en medio de aquella gran confusión provocada por la guerra. No encontró a César allí, y tuvo por tanto que hacer frente a nuevos viajes y peligros. Se encontraron en Hispania cerca de la ciudad de Calpe.

§24. Cuando el tío vio al muchacho que había dejado enfermo, allí, a salvo de intrigas de los enemigos y de los piratas, lo abrazó como a un hijo. Puesto que lo apreciaba, no quería que anduviese de un lado a otro, y lo retuvo con él. Alababa su agilidad y su espíritu de iniciativa, porque llegó el primero de todos aquellos que habían salido de Roma a su encuentro. Durante sus conversaciones se ocupaba de plantearle numerosas cuestiones sobre argumentos muy distintos para acuciar su inteligencia. Viendo que era rápido y listo, de pocas palabras pero preciso y acertado en sus respuestas, se felicitaba por ello y le hacía sentirse bien.

§25. Después tuvieron que navegar hasta Carthago Nova. Octavio debía viajar en la misma nave de César, con cinco servidores. Además de éstos ordenó que subieran a bordo otros tres amigos, temiendo que César se enfadara por esto. César, sin embargo, se alegró de ver a Octavio acompañado de buenos amigos y aprobó su deseo de hacerse rodear de hombres valerosos testigos de todo lo que hiciera; ningún detalle le parecía menor a la hora de ir cimentando una buena reputación en casa (en Roma).

## Capítulo XII

§26. César, por tanto, llegó a Carthago Nova para recibir en audiencia a todo aquel que lo desease. Allí se concitaron muchas personas, unas para obtener justicia en pleitos personales, otros planteaban problemas de la administración pública, y otros, en fin, iban a reclamar las recompensas que se les habían prometido \*\*\* Se habían reunido muchas autoridades de otras ciudades.

§27. Acudieron a Octavio, para solicitar su ayuda, los habitantes de Sagunto, sobre los que caían graves acusaciones. Octavio asumió su defensa; en audiencia pública se dirigía a César, hablando con gran habilidad en su favor, y logró que se retirasen las acusaciones. Consiguió que (los saguntinos) pudieran volver a su casa satisfechos; éstos lo aclamaban a una sola voz llamándolo su salvador. En seguida muchos otros acudieron a él en busca de auxilio, y se mostró espléndido con todos: a unos les anuló la acusación, a otros les dio regalos, y a otros otorgó cargos. Todos hablaban de su generosidad y de su inteligencia como negociador. Y el propio César \*\*\*

### X

21 'Επειδ' ἀνέσφηλεν ἐκ τῆς νόσου, διαπεφευγῶς μὲν τὸν κίνδυνον, ἀσθενῶς δ' ἔτι διακείμενος τὸ σῶμα, στρατεύειν μὲν ἔδει Καίσαρα, ἐνθα διενοεῖτο τὸ πρότερον ἐπάγεσθαι καὶ τὸν παῖδα· τότε δ' οὐχ οἷός τ' ἦν διὰ τὴν προσπεσοῦσαν νόσον. καταλιπὼν δ' οὖν αὐτοῦ πολλοὺς ἐπιμελητάς, ὡς δι' ἀκριβοῦς διαίτης φυλάττειτο, καὶ ἐντολὰς δούς, εἰ ῥωσθεῖη, ἔπεσθαι οἱ, ᾗχετο ἐπὶ τὸν πόλεμον. ὁ γὰρ Μάγνου Πομπηίου πρεσβύτατος παῖς μέγα στρατεύμα ἀθροίσας ἐν ὀλίγῳ χρόνῳ παρὰ τὴν πάντων ἐλπίδα διενοεῖτο ἐπαμῦναι τῷ πατρὶ καὶ τὴν ἐκείνου ἦταν ἀναμαχέσα-

- 22 σθαι, εἰ δύναιτο. ὑπολειφθεὶς δ' ἐν τῇ Ῥώμῃ Καῖσαρ πρῶτον μὲν τοῦ σώματος ἐγκρατέστατα ἐπεμελήθη καὶ ταχὺ ἀνερρώσθη, ἔπειτα δὲ τὴν ἐξοδὸν ἐκ τῆς πατρίδος ἐποιεῖτο ἐπὶ τὴν στρατιάν κατὰ τὰς τοῦ θεοῦ ἐντολάς· οὕτω γὰρ αὐτὸν ἐκάλει. πολλῶν δ' αὐτῷ συνεκδημεῖν σπουδαζόντων διὰ τὸ μέγεθος τῆς ἐν αὐτῷ ἐλπίδος, πάντας παρωσάμενος καὶ τὴν μητέρα αὐτὴν τοὺς ὠκυτάτους τῶν οἰκετῶν καὶ ἔρρωμενεστάτους ἐκλεξάμενος συνέτεινε τὴν πορείαν καὶ ἀπίστω τάχει χρησάμενος διέδραμε τὴν μακρὰν ὁδὸν σύνεγγύς τε ἦν Καίσαρι, διαπεπολεμηκότι ἤδη τὸν σύμπαντα πόλεμον ἐν μηνσὶν ζ'.

### XI

- 23 Ἐφικόμενος δ' εἰς Ταρρακῶνα ἀπιστίαν παρέσχευ, ὅπως ἀφίκοιτο ἐν τοσῶδε πολέμου ταραχῶ. οὐχ εὐρῶν δὲ ἐνταῦθα Καίσαρα, πλείω πόνον καὶ κίνδυνον εἶχεν· ἀφίκετο δὲ εἰς Ἰβηρίαν
- 24 πρὸς Καίσαρα περὶ πόλιν Καλπίαν. καὶ ὁ μὲν οἶα τέκνον περιβαλὼν διὰ τε τὸ νοσοῦντα καταλελοιπέναι καὶ ἐκ πολλῶν πολεμίων καὶ λησθηρίων περισεσωσμένον ὄραν ἀδοκῆτως, ἠσπάζετο καὶ οὐδαμῆ μεθίει ὁμοδίαιτόν τε εἶχεν· ἐπὶ δ' αὐτοῦ καὶ τὴν ἐπιμέλειαν ἄμα καὶ σύντασιν, ὡς πρῶτος τῶν ἐκ τῆς Ῥώμης ἐξεληλυθότων ἦκεν. ἐπιμελὲς <δ'> ἐποιεῖτο πρὸς αὐτὸν διαλεγόμενον ὑπὲρ πολλῶν ἀνακρίνειν, ἀποπειρώμενος αὐτοῦ τῆς διανοίας. ὁρῶν δὲ εὐστοχον καὶ εὐσύνετον καὶ βραχυλόγον αὐτὰ τε ἀποκρινόμενον τὰ καιριώτατα ἔστεργε καὶ ὑπερησπάζετο. ἐκ τούτου πλεῖν ἔδει ἐπὶ Καρχηδόνος· προσταχθὲν δ' αὐτῷ ἐμβαίνειν εἰς τὴν αὐτὴν Καίσαρι ναῦν σὺν ε' δούλοις, αὐτὸς ὑπὸ φιλοστοργίας καὶ τρεῖς ἐταίρους πρὸς τοῖς δούλοις ἐνεβίβασεν καὶ ἐδεδίει, μὴ τοῦτο γνοὺς Καῖσαρ ἐπιμέμψαιτο. τὸν ἀντίον δ' ἐγένετο· ἦσθη γὰρ ἐκεῖνος ἐπὶ τῷ εἶναι φιλέταιρον καὶ ἐπήνεσεν, ὅτι αἰεὶ βούλεται παρεῖναι αὐτῷ τοὺς πάντων ἐπόπτας ἐσομένους ἄνδρας καὶ ἀρετῆς ἐπιμελουμένους πρόνοιάν τε οὐ μικρὰν χρηστῆς δόξης ἐν τῇ πατρίδι ἤδη ποιοῖτο.

### XII

- 26 Ἦκε δ' οὖν εἰς τὴν Καρχηδόνα Καῖσαρ, ὡς τοῖς χρήζουσιν ἐντευξόμενος. πολλοὶ δὲ συνεληλύθησαν, οἱ μὲν δικαιοδοσίας χάριν περὶ ὧν εἶχον ἀμφιβόλων πρὸς τινὰς, οἱ δὲ οἰκονομίας πολιτικῆς, οἱ δ' ὅπως ἂν τὰ ἄθλα τῶν ἠνδραγαθημένων λάβοιεν· περὶ ὧν

- 27 ἐνέτυχεν. ἄλλοι τε ἡγεμόνες πλείστοι συνεληλύθεσαν. προσφεύγουσι τῷ Καίσαρι καὶ Ζακύνθιοι μεγάλα ἐγκλήματα ἔχοντες καὶ δεόμενοι βοήθειας. ὁ δὲ τούτων προύστη τε καὶ διαλεχθεὶς ἀριστα πρὸς Καίσαρα ἐν φανερῷ τῶν τε αἰτιῶν αὐτοὺς ἀπήλλαξε καὶ προύπεμψεν ἐπ' οἴκου ἡδομένους τε καὶ πρὸς πάντας αὐτὸν ὑμνοῦντας σωτηρᾷ τ' ὀνομάζοντας. ἐντεῦθεν πολλοὶ συνέρρεον προστασίας δεόμενοι, οἷς πλείστου ἀξίος γενόμενος τῶν μὲν διέλυε τὰ ἐγκλήματα, οἷς δ' ἠτεῖτο δωρεάς, οὓς δ' εἰς ἀρχὰς προήγγεν. πάντες τε ἀνὰ στόμα εἶχον τήν τε ἡμερότητα <καὶ> φιλανθρωπίαν καὶ τήν ἐν ταῖς ἐντεῦξέσι φρόνησιν. αὐτὸς μὲν Καῖσαρ εὐλα\*\*\*.

### BIBLIOGRAFÍA CITADA:

- L. AMELA VALVERDE, *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*, Barcelona 2002.  
 C. AULIARD, *Victories et triomphes à Rome*, Paris 2001.  
 E. BERTRAND-ECANVIL, "Présages et propagande idéologique: à propos d'une liste concernant Octavien Auguste", *MEFR (Antiquité)*, 106, 1994, 487-531.  
 U. P. BOISSEVAIN / T. BÜTTNER-WOBST / A.G. ROOS, *Excerpta historica iussu imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, vol. 2: *excerpta de virtutibus et vitis*, 1 & 2. Berlin: Weidmann, 2.1:1906; 2.2:1910. 2.1:1-361; 2.2:1-407.  
 L. CANFORA, *Julio César, un dictador democrático*, Barcelona 2000, espec. cap. XXVII.  
 J. CARCOPINO, *Julio César. El proceso clásico de la concentración de poder*, Madrid 1974.  
 E. CONDE GUERRI, *La ciudad de Carthago Nova: la documentación literaria (Inicios- Julio-claudios)*, Murcia 2003.  
 C. GONZÁLEZ ROMÁN, "Julio César", en S. PEREA YÉBENES (ed.), *Res Gestae. Grandes generales romanos (I)*, Madrid, 2004, 61-96.  
 R. A. GURVAL, *Actium and Augustus. The Politics and Emotions of Civil Wars*, Ann Arbor, Michigan, 1998.  
 Y. LE BOHEC, *César chef de guerre. César stratège et tacticien*, Paris 2001.  
 CHR. MEIER, *Caesar*, Berlin 1982 [Manejo la edición italiana: *Giulio Cesare. Il politico e il diplomatico, lo stratega e il condottiero, l' oratore e lo scrittore*, Milano, Garzanti, 1993].  
 E. MELCHOR GIL / J. MELLADO RODRÍGUEZ / J. F. RODRÍGUEZ NEILA (eds.), *Julio César y Córdoba: Tiempo y espacio en la campaña de Munda (49 - 45 a.C.)*, Córdoba 2005.  
 S. MONTERO, "Sodalis Titius", en J. MARTÍNEZ-PINNA (coord.): *Mito y Ritual en el Antiguo Occidente Mediterráneo*, Málaga 2002, 143-159.  
 F. J. NAVARRO SANTANA, "Julio César y la crisis de la República", en E. Melchor Gil *et alii*, 2005, 67-88.  
 S. PEREA YÉBENES, *Nicolás de Damasco: Vida de Augusto*, Madrid 2006.  
 M. REQUENA, *El emperador predestinado. Los presagios de poder en época imperial*, Madrid, 2001.  
 Id.: *Lo maravilloso y el poder. Los presagios de imperio de los imperadores Aureliano y Tácito en la 'Historia Augusta'*. Valencia 2003.  
 J. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a.C. - 486 d.C.)*, Madrid 2005.  
 J. F. RODRÍGUEZ NEILA, "Corduba entre cesarianos y pompeyanos durante la Guerra Civil", en E. Melchor Gil *et alii*, 2005, 311-360.  
 R. SYME, "Livy and Augustus", *HSCP*, 64, 1959, 27-87.  
 A. VIGOURT, *Les présages impériaux d' Auguste à Domitien*, Paris 2001.